

Socialización y referentes socio-grupales en la construcción de identidad juvenil

Socialization and social-group referents concerning the construction of young's identity

ELENA RODRÍGUEZ SAN JULIÁN

LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen

El artículo analiza la relación entre valores sociales y construcción de identidad juvenil, considerando la responsabilidad compartida de distintos agentes sociales en los procesos de socialización. Si los valores sirven para definir el «deber ser» y ajustar las expectativas respecto a los diferentes colectivos que integran la sociedad, el acuerdo sobre estos valores —que comparten jóvenes y adultos— es el punto de partida desde el cual toda la sociedad, en conjunto, construye las ideas sobre la normalidad juvenil, consolidando lo que los propios jóvenes asumen que deben ser sus pautas de comportamiento (lo que corresponde a una persona joven, por serlo). El sentido del grupo de referencia, en este contexto, se plantea como refuerzo o prolongación de los dictados de la normatividad general respecto a lo joven.

Palabras clave: normalidad, jóvenes, identidad, socialización, valores, familia, medios de comunicación, grupo de referencia.

Abstract

The article goes deeper into the relationship existing between social values and constructing a young identity, taking into account the responsibility shared by different social agents in the socialisation processes. If values serve to define what «must be» and to adjust the expectations referring to different groups of society, the agreement on these values —shared by young people and adults— is the starting point wherefrom society, as a whole, constructs the ideas about young mainstream, consolidating what young people themselves presume as their patterns of behaviour (whatever matches young people in their capacity as such). In this context, the meaning of the reference group is presented as a reinforcement or extension of the dictates of the general rules regarding youth.

Key words: mainstream, young people, identity, socialisation, values, family, the media, reference group.

1. SOCIALIZACIÓN COMO PROCESO DE RESPONSABILIDAD COMPARTIDA

El punto de partida de este artículo es la consideración de la socialización como un proceso, dinámico y permanente, de acomodación de lo individual a lo social. Tener en cuenta esta idea de proceso es fundamental si tratamos de fijar un espacio preciso para la educación, y de entender y acotar las maneras mediante las cuales las acciones de diferentes agentes inciden en los resultados socializadores.

Por otra parte es necesario entender estos resultados socializadores desde el marco contextual que suponen los valores sociales, porque sin la comprensión de cuáles son las referencias compartidas y la priorización de criterios que rigen el funcionamiento de lo colectivo, de la dinámica social concreta, tampoco es viable determinar el ajuste o desajuste de los procesos socializadores: la transmisión, acomodación y asimilación de valores es la base fundamental de la socialización. Los valores definen cuáles son las prioridades por las que opta una sociedad —y en general los diferentes colectivos que la componen— fijando las ideas sobre el «deber ser», sobre lo que se espera de los miembros de ese colectivo o sociedad, y en definitiva sobre lo que —en términos que más tarde se explicarán— lo que es «normal».

Con demasiada frecuencia asociamos algunas distorsiones en los procesos educativos a consignas del tipo «se han perdido los valores...», atribuyendo además esta supuesta pérdida de referencias colectivas a los y las jóvenes, como si el conjunto de población adolescente y joven viviera en un escenario anómico e independiente de las tendencias generales de la sociedad de la que forman parte. Por definición no existe sociedad sin valores, ni existe la posibilidad de que los valores «se pierdan» sin ser sustituidos, o sin que se modifique la forma de ser interpretados y operativizados en la vida social. Otra cosa es el hecho de que en los procesos de cambio, y mucho más en dinámicas sociales como la actual en la que las transformaciones acontecen a gran velocidad, cueste la interiorización y reflexión sobre esas transformaciones en los referentes colectivos y sus consecuencias. O lo que es lo mismo que la percepción y vivencia del cambio en las formas y estruc-

turas vitales, en las dinámicas cotidianas, los ritmos, formas de relación, procesos de consumo... no encuentre acomodo inmediato en la concienciación e interiorización sobre la trascendencia de estos cambios y decisiones en lo que idealmente nos gustaría ser como sociedad. Es como si nos acoplásemos a los cambios formales sobre la marcha, sin ser conscientes de las implicaciones a medio o largo plazo, incluso a corto. Así, cuando desde la perspectiva del cambio encontramos puntos de llegada que no resultan satisfactorios tenemos una cierta tendencia a descontextualizar los resultados respecto al camino mediante el cual se han construido y, muy habitualmente, a trasladar la responsabilidad de ese proceso a entes externos, ajenos a nuestra propia dinámica compartida. Desde la perspectiva de los valores, diríamos más bien que no es coherente construir las expectativas sobre un colectivo y posteriormente considerar que la respuesta a esas expectativas no es válida, teniendo como único criterio de evaluación lo que un determinado ideal, que ya no es de hecho referente compartido, ha podido representar en el pasado.

Pues bien, vamos a tratar de situar el escenario de los procesos socializadores partiendo de una primera aproximación a cuáles son los valores de nuestros jóvenes en la actualidad, teniendo en cuenta las diferencias con los valores de la población adulta. Desde este escenario podremos avanzar algo más sobre el papel que diferentes agentes sociales cumplen en los procesos socializadores, y sobre como los distintos influjos convergen en una misma mirada y manera de construir la realidad juvenil incidiendo en el papel de los referentes grupales y de las expectativas sobre «lo joven» en la construcción de identidad y la socialización de la juventud.

2. VALORES DE JÓVENES, VALORES DE TODOS

Desde los resultados de diferentes estudios sobre valores sociales realizados en la última década contamos con suficiente base para determinar la realidad actual en lo que respecta a los valores de los y las jóvenes, en el contexto de los valores sociales generales, así como la línea de tendencias y evolución en los últimos años.

Siguiendo los datos aportados por los estudios de la FAD¹ al respecto nos encontramos con que en 2009, las prioridades señaladas por la población española entre 15 y 25 años destacan, por encima de todo, la importancia de la familia y la amistad (alcanzando valoraciones de 9,03 y 8,96 respectivamente²); el bienestar (dinero, sexo, salud y trabajo) con puntuaciones de 8,63 a 8,32; la gratificación en la vida cotidiana (disponer de mucho tiempo libre, en el entorno de 8,5); el orden social clásico (respeto a las normas y la autoridad, entre 7,79 y 7,29) y el presentismo y la búsqueda de aventuras (7,09 y 6,85). En este orden se sitúan los valores finalistas de los y las jóvenes, dejando en un segundo plano el interés por las cuestiones relativas al altruismo y la solidaridad (en el entorno del 6 en la escala) y muy por debajo, de forma claramente residual en los valores compartidos, la atención a cuestiones políticas y religiosas (3,97 y 3,42 respectivamente).

Esta priorización, que define una clara jerarquía de los valores dominantes, resalta de forma notoria un escenario de intereses colectivos para los jóvenes presidido por las ideas más comunes respecto a la consecución de un cierto nivel de bienestar individual, centrado fundamentalmente en lo económico y material, y desde la perspectiva de la gratificación más o menos inmediata y presentista en el día a día cotidiano. Obviamente, como muestran los datos, esta priorización se basa en la referencia clave que suponen la familia y el grupo de amigos, que sirven como colchones de apoyo y sostenimiento afectivo e instrumental, y que no son excluyentes con el resto de objetivos sino más bien un refuerzo de los mismos³.

También es importante el hecho de que esta jerarquización de valores no excluye la importancia de las normas y el mantenimiento del orden

1 Megías, 2001; Megías y Elzo, 2006; FAD, 2010 en prensa; VVAA «Informe Juventud en España».

2 La escala de valoración utilizada va entre 1 y 10, siendo el 1 la mínima importancia otorgada y 10 la máxima.

3 En diferentes investigaciones hemos resaltado el significado de la familia y la amistad como referentes en la construcción de identidad juvenil, desde este punto de vista de sustento instrumental más allá de lo afectivo. La familia y la amistad son, desde esta perspectiva, no tanto o no sólo el contexto afectivo del desarrollo personal, cuanto un espacio de soporte y mantenimiento (económico y de referencias personales para la proyección futura). Véase, por ejemplo, Megías, 2001; Megías y Elzo, 2006; Rodríguez, Megías, y Sánchez, 2002.

social clásico, o dicho de otra manera, no parece que los y las jóvenes sientan que sus objetivos personales y colectivos vayan en contra de los postulados generales de las normas colectivas, con los que tuvieran que romper o enfrentarse de forma radical.

Esta perspectiva del bienestar individualista, afianzado por la proyección de lo individual que supone el colchón de la familia, se ve claramente reforzada por la desvalorización de los componentes más claramente colectivos de la jerarquía: en primer lugar en lo que suponen las ideas de altruismo y solidaridad⁴, y finalmente en lo que atañe al interés por la participación en los procesos políticos en general.

Lo que resulta especialmente interesante no es la constatación de estos resultados en sí mismos sino, a los efectos que nos ocupan, la comparación con los valores expresados por el conjunto de la población adulta. Como se refleja en la tabla 1, las diferencias son prácticamente inapreciables.

En primer lugar porque los resultados muestran una idéntica jerarquía de valores finalistas de jóvenes y adultos, en la que sólo son destacables diferencias en los matices expresados en diferencias de décimas en las medias. Estas diferencias mínimas sólo manifiestan un mínimo énfasis superior por parte de los jóvenes en los aspectos relativos a la importancia atribuida a la amistad, el dinero, el sexo, tiempo libre, éxito, presentismo, estética y riesgo, a costa de un (mínimo) menor nivel de interés en lo que tiene que ver con la salud, el medio ambiente, orden social clásico, altruismo, participación, política, religión. Diferencias de matiz que, en todo caso, no suponen ruptura en la estructura de contenidos generales que guían el deber ser social de unos y otros.

4 En Megías, E. dir. (2001) se analiza la contradicción entre las expectativas generales respecto a la implicación de los y las jóvenes en las dinámicas solidarias y altruistas, en un marco valorativo general que prioriza el «sálvese quien pueda» para sobrevivir en la sociedad del consumismo hipercompetitivo, y la propia posición de los jóvenes reconociéndose parte implicada directamente en la necesidad de construir su vida con la premisa de ser capaces de triunfar en esas dinámicas competitivas.

Tabla 1. Comparativa valores finalistas (jóvenes -población general). Puntuaciones medias en la escala 1-10. Fuente: FAD (2010), en prensa.

JÓVENES		POBLACIÓN GENERAL	
Valores	Media	Media	Valores
Familia	9,03	9,14	Familia
Amigos	8,96	8,55	Salud
Dinero	8,63	8,44	Amigos
Sexo	8,52	8,30	Dinero
Salud	8,51	8,26	Sexo
Tiempo libre/ocio	8,47	8,21	Éxito
Éxito	8,32	8,19	Cuidar el medio ambiente
Vivir como a cada uno le gusta	8,12	8,06	Tiempo libre/ocio
Capacitación cultural y profesional	8,04	8,05	Capacitación cultural y profesional

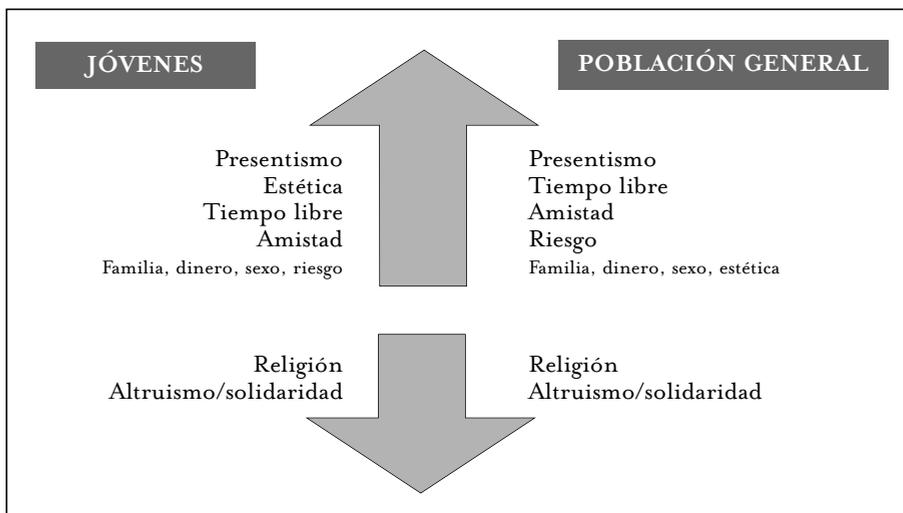
La otra cara de la moneda, si cabe más significativa incluso, es la que se deriva del análisis evolutivo de los resultados, al menos entre 1999 y 2009⁵.

Tal como se expresa en el cuadro 1, a lo largo de esta década se observa un claro avance de los valores relativos a la exacerbación del presentismo hedonista (tiempo libre, estética, sexualidad...), acompañados por sus referentes afectivos de acompañamiento (familia y amistad) y de sostenimiento material (fundamentalmente la disponibilidad de dinero). Por el contrario, se ha producido un claro retroceso en la importancia atribuida precisamente a los valores colectivos y de participación, así como a los referentes ideológicos y/o espirituales (altruismo, solidaridad, religión).

5 Recordemos que aunque la publicación de los informes correspondientes sea de 2001 y 2010, respectivamente, el trabajo de campo corresponde a los años 1999 y 2009.

Cuadro 1. Evolución valores finalistas (1999-2009).

Fuente: Megías, E. dir. (2001) y FAD (2010).



Una vez más, contemplamos un proceso en el que los jóvenes no caminan solos, sino que es el conjunto de la sociedad el que dibuja el itinerario del deber ser, de lo relevante para la construcción vital (y la identidad personal asociada), con una tendencia especialmente notoria: este conjunto social, de jóvenes y adultos, avanza en la tendencia a priorizar, precisamente, los valores más cuestionados de la modernidad, y aquellos que con mayor énfasis, se asocian con las distorsiones de la socialización y el devenir de los jóvenes. Cuando la sociedad adulta señala a los jóvenes por las tendencias a enfatizar el presente frente a la responsabilidad del futuro, y el esfuerzo; o cuando se lamenta del papel predominante de los símbolos más frívolos de la sociedad consumista, no sólo no se está mirando a sí misma sino que, además, está tratando de negar su propia tendencia colectiva hacia aquellos referentes que más cuestiona o critica. Y en esta medida, la propia sociedad dejar de ser consciente de su papel referencial en el proceso de construcción de identidades y de socialización de los miembros más jóvenes.

Una constatación importante de este hecho lo encontramos en el análisis de las dificultades expresadas por padres y madres en relación

con la educación de sus hijos e hijas (Megías, 2002; Rodríguez y Megías, 2005). Más allá de las complicaciones formales, las incertidumbres e inquietudes, es interesante valorar en estos discursos el aparente componente de contradicción entre unas ciertas pautas que los progenitores consideran teóricamente necesarias en los procesos educativos en familia y las realidades cotidianas en que se ven inmersos, sobre todo en relación con la acomodación e inserción de los niños y niñas en los ritmos y pautas generales de la sociedad. En estas contradicciones es muy notorio ese salto entre las referencias personales y las que se desearían (en todo caso en otro escenario de valores colectivos), de tal manera que padres y madres acaban debatiéndose entre la creencia de que es importante dedicar tiempo a los hijos e hijas y la necesidad de disfrutar del tiempo propio; o entre la incompatibilidad aparente de convivir más tiempo en familia o que los niños y niñas participen en actividades formativas múltiples que reducen su tiempo disponible para otras cosas (o sea, que sean más competitivos en el futuro); o entre la necesidad de poner límites al consumismo y la necesidad de consumir como los demás (y exhibir productos y bienes) para no quedar al margen de la normalidad, etc. Realmente, lo que padres y madres reflejan en estos discursos es la inseguridad en la asimilación de esas consecuencias —a las que hacíamos referencia al comienzo— derivadas de un cierto modelo social compartido, y de las que padres y madres, a veces sin ser suficientemente conscientes son eficaces transmisores como miembros y directos y activos de la sociedad.

Más allá de los valores finalistas hay algunos datos importantes respecto a la justificación de comportamientos, de los que como complemento vale la pena dejar constancia. Desde la perspectiva de los jóvenes (Megías y Elzo, 2006), encontramos una tendencia moderada a justificar los comportamientos relativos a lo que tradicionalmente se ha identificado como la ética privada (homosexualidad, aborto, eutanasia, suicidio...) frente a una contundente penalización de los comportamientos transgresores o ilegales que afectan al entorno público o a terceras personas.

Estos resultados apuntan también al escenario en el que los jóvenes, al menos formalmente y en idénticas condiciones en que lo hacen los

adultos, no son especialmente proclives, ni abanderados ni defensores, de dichos comportamientos transgresores ni de las tendencias más liberales en los comportamientos privados (aunque sean, entre todos los contemplados, los que obtengan beneplácitos mayores e incluso sean los únicos en los que ha existido un cierto aumento en el nivel de justificación). Así, cerca del 45% de la población más joven considera inadmisibles la eutanasia o el aborto; más del 60% no tolera las relaciones homosexuales; el 83% cree inadmisibles el suicidio. Por otra parte, y como también destaca el *Informe de Juventud en España*, nos encontramos con que más del 40% de los menores entre 15 y 19 años justifica la intolerancia social extrema, traducida en la aplicación de la pena de muerte, habiendo aumentado el nivel de justificación en la última década, también entre los adultos.

En lo que se refiere a la valoración de comportamientos relativos al consumo de sustancias, o los efectos más molestos del ocio nocturno, los datos reflejan claramente un descenso claro de la admisibilidad por parte de los jóvenes sobre el consumo público de tabaco y alcohol, emborracharse en público, hacer ruido los fines de semana o la conducción temeraria.

A la luz de estos datos no podemos menos que resaltar algunas conclusiones generales respecto a esta cuestión:

En primer lugar que los valores de los y las jóvenes son reflejo inmediato de los de la sociedad de la que forman parte, sin que sean tan diferentes de los que declaran los adultos, dando cuenta de la tremenda eficacia operativa de la socialización, en contra de lo que con frecuencia se tiende a considerar. Especialmente en lo que respecta y apunta al espacio compartido de las normas generales.

En segundo término que los jóvenes no representan vanguardias en lo que respecta al compromiso social y la defensa de lo colectivo o las formas de vida alternativas.

En tercer lugar que la evolución general de los valores se acerca más a la estructura de lo que tradicionalmente se ha considerado como más propio de jóvenes (y en lo que más se critica a los jóvenes), a pesar de que la atribución colectiva siga produciéndose en ese sentido.

En cuarto lugar que los cambios en los valores existen, aunque la evolución no sea realmente tan rápida como a menudo se tiende a considerar.

En quinto lugar que, a pesar de la realidad etaria del colectivo juvenil, sus características internas como grupo son tremendamente heterogéneas, de tal manera que, en muchas ocasiones, hablar de jóvenes en conjunto como expresión de modelos de comportamiento homogéneos no deja de ser una terrible simplificación⁶.

3. VISIÓN DE LA SOCIEDAD, VISIÓN DE UNO MISMO. MEDIOS DE COMUNICACIÓN, IDENTIDAD Y GRUPOS DE REFERENCIA

Más allá de las posiciones personales expresadas, es importante tener en cuenta la expresión de las percepciones respecto al colectivo que manifiestan los jóvenes. Y esta es sin duda la pieza clave en los roles modeladores de los grupos de referencia en la construcción de la identidad, como veremos desde el paraguas de la normalidad: la determinación de las pautas referenciales colectivas ejerce una influencia primordial en la construcción de los elementos que facilitan la identificación y la pertenencia.

Pues bien, más del 60% de los y las jóvenes (Megías y Elzo, 2006) identifica a su propia generación con el consumismo, mientras que minorías por debajo del 20% encuentran referencias generacionales en el activismo comprometido (17%), el civismo formal (lectura, Parlamento, 13%) o el radicalismo violento (10%). Más de la mitad cree que «los jóvenes de hoy» son (y deben ser) «marchosos, consumistas, rebeldes, presentistas y que deben aferrarse a su condición de jóvenes», mientras que el 35% considera que son independientes en las decisiones, pero dependientes de la familia, el 20% poco sacrificados y con poco sentido del deber, responsables, solidarios, honrados, comprometidos, trabajadores...

⁶ Aunque no sea posible profundizar en este aspecto se recomienda la revisión de la categorización de jóvenes y valores en Megías, E; Elzo, J. coord., (2006).

Quizá con esta información se podría decir que los y las jóvenes expresan claramente un reconocimiento de lo que los valores generales suponen, al menos, en la conformación de la identidad generacional. Pero es posible que lo más importante de este reconocimiento radique en la afirmación consciente de cuáles son los parámetros mediante los cuales debe constatararse la manera particular de cómo se es joven en la sociedad actual, o lo que es lo mismo, sobre cómo debe ser una persona joven para ser reconocida como tal en el entorno valorativo que reconocen.

A pesar de la responsabilidad compartida en la configuración de la realidad no es posible evitar las referencias al papel de los medios de comunicación en este proceso de construcción de la realidad juvenil como espejo de identidad. Como se dice en «Jóvenes en los medios. La imagen mediática de la juventud desde su propia mirada» (Megías, Rodríguez y Ballesteros, 2008) «el reflejo de la realidad que aparece en los medios de comunicación contribuye, de forma esencial, a elaborar las imágenes sociales a partir de las cuales se manifiestan opiniones, análisis y juicios de valor, pero sobre todo a partir de las que se construye la realidad misma».

Sabemos, y no es una novedad, que la mirada que aportan los medios de comunicación de masas en la sociedad actual es un componente básico para determinar lo que, globalmente, acaba entendiéndose como la auténtica realidad de las cosas que se presentan. En primer lugar porque marca las líneas de interpretación, valoración y posicionamiento respecto a las realidades que presentan. También porque el mero señalamiento de los medios de una realidad, un acontecimiento o determinadas partes de ellos, determina el grado de importancia y relevancia colectiva que adquieren. En tercer lugar porque, y eso es lo más relevante en este momento, porque en el caso que nos ocupa los propios jóvenes, cuando se sienten protagonistas de la atención mediática, asumen esa realidad, tal como se presenta, como un espejo en que mirarse para reconocer las pautas de comportamiento atribuidas como pautas de comportamiento asumidas.

Sin entrar en los detalles sobre la evaluación que los propios jóvenes realizan sobre el tratamiento mediático de su realidad o las cosas que

tienen que ver con ellos y ellas, lo cierto es que desde un primer reconocimiento de sentirse simplificados, estereotipados y etiquetados negativamente a través de imágenes generalizadoras y parciales, acaban describiendo con una gran nitidez el hecho de que esa imagen, aunque parcial y simplista, sirve para equiparar determinados tipos de comportamientos como si de una profecía autocumplida se tratase. El proceso que describen es, de forma resumida el siguiente: los medios reflejan la realidad, desde una mirada estereotipada, creando imágenes de esa realidad que, de no ser reflejadas en los medios no existirían socialmente. Esas imágenes, desde ese momento, determinan cómo son las cosas, devolviendo a toda la sociedad, y también a los propios protagonistas, el eco (mediatizado pero reconocido) de cómo la sociedad espera que sean los jóvenes.

La conclusión es clara: si la sociedad, y los jóvenes mismos, aceptan esas imágenes como la realidad de lo que son, aceptan también lo que se espera que los jóvenes sean, es decir, lo que constituye el entramado de la «normalidad» juvenil⁷.

4. LA «NORMALIDAD» COMO REFERENTE IDENTITARIO Y COMO ESPACIO DE INTERCAMBIO DE LAS RELACIONES ENTRE IGUALES Y LA INTEGRACIÓN

Posiblemente todos los argumentos explicitados hasta el momento no pueden ser suficientemente dimensionados sin su lectura a través de lo que implica el concepto, y la consigna, de la normalidad como aspiración y como pauta de comportamiento.

La idea de normalidad es una de las verbalizaciones más comunes en todas las investigaciones sobre jóvenes que hemos realizado en la última década, configurando un universo particular de las expectativas de rol que se compone a la vez de elementos extremadamente complejos como de argumentaciones tremendamente planas. De forma resumida pode-

7 Nótese que los propios padres y madres, como se refleja en los estudios específicos ya señalados, reconocen como en muchas ocasiones se guían más por las noticias y ejemplos mediáticos sobre los problemas asociados a los adolescentes y jóvenes que por su propia experiencia directa como educadores de sus hijos e hijas (Megías, 2007).

mos conceptualizar la idea de normalidad como ese conjunto de expectativas generales, definidas por los valores y las percepciones y representaciones colectivas, que definen lo que se espera, en nuestro caso, de los y las jóvenes por serlo. Se ha hecho alusión a esta idea profusamente a lo largo del texto: la sociedad, desde los diferentes mecanismos de que se dota para la transmisión de ideas y valores, conceptualiza qué es lo que normativamente corresponde a cada colectivo e individuo, de tal manera que el comportamiento no normalizado, no «normal» o «raro» acaba siendo injustificado e incluso indeseado dentro del colectivo.

Una de las características de esta idea de normalidad es que aglutina en el deber ser, en la expectativa, todos los argumentos que tipifican a los miembros de colectivo, tanto los que desde el mero sentido de los valores deben ser considerados como deseables como los que se considerarían inconvenientes. El resultado es que la normalidad aglutina todas las etiquetas y referencias de los individuos y los grupos, cristalizando su ser social que sólo en esa medida puede ser integrado en la parcela de lo colectivo que le corresponda.

La normalidad, más allá de las diferencias objetivas y explícitas que se puedan constatar entre seres humanos, es el marco en el que debe interpretarse el quehacer global de cada uno de ellos, dentro de cada espacio concreto de identidad. Representa, por tanto, es el espacio de lo que es «habitual» (y en esa medida es lo esperado), a la vez que marca el límite a partir del cual se produce la exclusión del colectivo de referencia.

Desde este punto de vista es desde el que afirmamos que la normalidad es una aspiración, sentida y expresada por los jóvenes, en tanto que es muestra y reflejo de la adecuada integración y socialización en base a las expectativas generales. Pero sobre todo a las expectativas compartidas por el mismo grupo de referencia.

Esta perspectiva de construcción de la identidad desde el paradigma de la normalidad creemos que es sumamente relevante como criterio de análisis de muchos de los aspectos concretos en los que se centran las preocupaciones sociales e institucionales respecto a los y las jóvenes.

Recientemente hemos constatado como esta idea de normalidad es clave en el estudio de los riesgos juveniles (Rodríguez, Ballesteros, Megías y

Rodríguez, 2008), de tal manera que el principal riesgo percibido por parte de adolescentes y jóvenes es el de exclusión, derivado de romper las expectativas de lo que es normal hacer como adolescente o joven. Y esto es así, independientemente de la constatación objetiva de los daños probables que determinados comportamientos de riesgo puedan conllevar. También se ha puesto de manifiesto como la tan llevada y traída idea de la «presión de grupo», como mecanismo coercitivo de influencia en el seno de los grupos de iguales, es un mecanismo mucho más interiorizado y sofisticado de lo que tradicionalmente se ha venido planteando, y que tiene su asiento en la asimilación, desde los valores y las representaciones sociales generales, de las pautas de pertenencia al grupo. Y que, desde esta perspectiva y en la medida en que la normalidad funciona como clave interpretativa del desarrollo de los mecanismos de integración/ exclusión grupales y generales, no podemos perder de vista a la hora de enfocar y diseñar actuaciones concretas que tengan como objetivo el ajuste de los procesos socializadores y educativos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguinaga, Andréu, Cachón, Comas, López, Navarrete (2005). *Informe 2004. Juventud en España*. Madrid: INJUVE.
- Arias, M.A. (1989). Comunicación y Sociedad. La importancia de la información en la experiencia cotidiana de los sujetos. *Revista de estudios de Juventud*, 33. Madrid: Ministerio de Cultura. INJUVE.
- Baca, V. (1998). *Imágenes de los jóvenes en los medios de comunicación de masas*. Madrid: INJUVE.
- Berger, P y Luckmann, T. (1966). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1ª edición en castellano.
- Beck, U. (1999). *La Sociedad del Riesgo Global*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Comas, D. (coord.) (2003). *Jóvenes y estilos de vida. Valores y riesgos en los jóvenes urbanos*. Madrid: FAD-INJUVE.
- Laespada, M.T. y Pallarés, J. (2001). ¿Qué hacen? *Revista de estudios de Juventud*, 54. Madrid: INJUVE.
- F.A.D. (2005). *Una mirada al universo cultural de los jóvenes*. Madrid: FAD.
- F.A.D. (2010). *Valores sociales y drogas*. En prensa. Madrid: FAD.
- Megias, E, (dir.) (2007). Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres. *Colección Estudios Sociales*, 22. Barcelona: Fundación La Caixa.

- Megías, E. (dir.) (2005). *La percepción social de los problemas de drogas en España 2004*. Madrid: FAD.
- (coord.) (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflicto*. Madrid: FAD.
- (dir.) (2001) *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD
- Megías, E. y Rodríguez, E. (2001). *Medios de comunicación social y representaciones sociales sobre drogas. Drogas y Drogadicción: un enfoque social y preventivo*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla La Mancha.
- Megías, I. (2009). *Las drogas ilegales entre los jóvenes de Castilla-La Mancha: discursos desde los consumos de cannabis y cocaína*. Observatorio de Drogodependencias de Castilla La Mancha. FISCAM.
- Megías, I., Rodríguez, E., Méndez, S. y Pallarés, J. (2005). *Jóvenes y sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*. Madrid: INJUVE-FAD.
- Megías, E. y Elzo, J. (coord.) (2006). *Jóvenes, valores y Drogas*. Madrid: MSC-FAD-Caja Madrid.
- Ministerio de Sanidad y Consumo (2004): *Los adolescentes españoles y su salud. Resumen del estudio Health Behaviour in School Aged Children (HBSC-2002)*. Madrid: Ministerio Sanidad y Consumo.
- Pallarés, J. y Cembranos, F. (2001). La marcha: la pugna por el espacio. *Revista de estudios de Juventud*, 54. Madrid: INJUVE.
- Pallarés, J. y Feixa, C. (2000). Espacios e itinerarios para el ocio juvenil nocturno. *Revista de Estudios de Juventud*, 50. Madrid: INJUVE.
- Rodríguez, E. y Megías, I. (2001). Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: límites y conflictos. *Revista de estudios de Juventud*, 54. Madrid: INJUVE.
- (2005). *La brecha generacional en la educación de los hijos*. Madrid: FAD.
- Rodríguez, E., Megías, I. y Sánchez, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: INJUVE-FAD.
- Rodríguez, E., Megías, I. y Navarro, J. (2005). *Jóvenes, tiempo libre y consumo de drogas. Modelos, vivencias y expectativas entre los jóvenes de Castilla-La Mancha*. Toledo: Observatorio de Drogodependencias de Castilla-La Mancha.
- Rodríguez, E. (2003). Sexo y riesgo. La dialéctica entre el placer y la razón. *Revista de Estudios de Juventud*. Madrid: INJUVE.
- Rodríguez, E. y Megías, I. (2007). *Jóvenes en los medios. La imagen mediática de la juventud desde su propia mirada*. Madrid: INJUVE/ FAD.
- VV. AA. (2008). *Informe Juventud en España*. Madrid: INJUVE.

